



YERIHÓ

Francisco F. Morales

YERIHÓ

FRANCISCO F. MORALES

Primera edición: mayo 2026

© Copyright de la obra: Francisco F. Morales

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-991736-8-0

Código ISBN digital: 979-13-991736-9-7

Depósito legal: B 8849-2026

Corrección: Juan Carlos Martín Jiménez

Maquetación: ©dianliro

© Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortunedititions.com info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

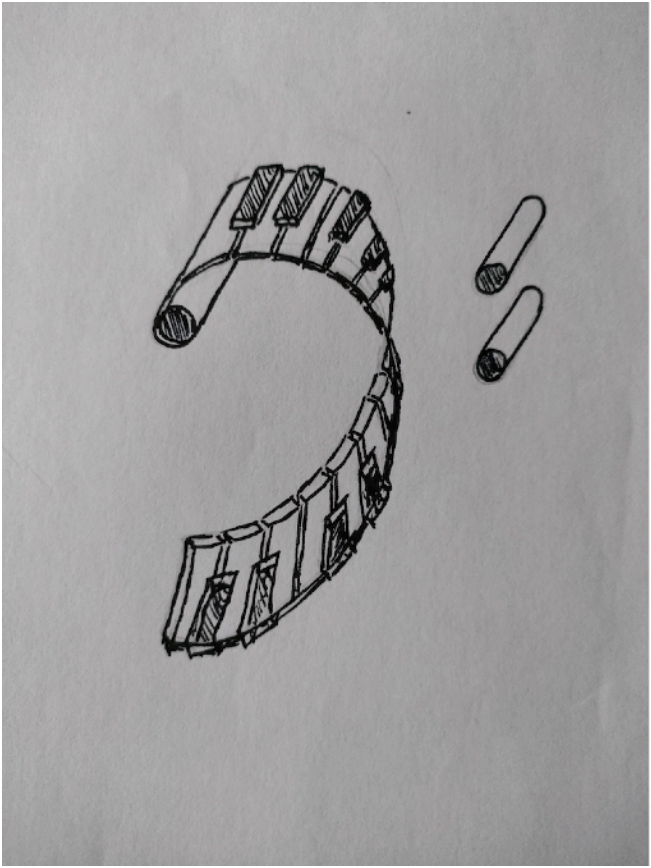
Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*Dedicada a todos los seres queridos
que llevo en mi corazón.*

*La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el
silencio.
Cicerón*



EL INCIDENTE

Castelldefels, mayo de 2025

Cuando Guillermo iba camino de su casa, una mujer apareció de la nada y chocó violentamente contra él; el café que acababa de comprar y que tenía entre las manos, se derramó sobre su camiseta y sus pantalones, la bolsa de papel con el cruasán salió volando y el paquete que llevaba bajo el brazo se le cayó al suelo.

—¡Idiota! —le dijo ella.

—¡Pero...!

No tuvo tiempo de continuar la frase, ella salió corriendo, perdiéndose a la vuelta de la esquina.

Mientras se agachaba a recoger la bolsa y el paquete, pensó: «¡Vaya modales! ¡Ni se disculpó, la tía! ¡Y para colmo, me insulta y me deja sin el café!».

Aún estaba en cuclillas, cuando por ambos lados vio pasar corriendo a dos hombres vestidos de negro. Lo único que se le pasó por la cabeza fue un: «Y ahora, ¿a dónde van estos con tanta prisa? No me han pisado de milagro».

Se levantó y continuó en dirección al portal de la finca en la que vivía, a tan solo cuatro pasos de donde estaba. Aún no había puesto la llave en la cerradura, cuando oyó que alguien decía...

—¡Eh, tú! ¡Espera!

—¿Quién? ¿Yo? —se giró y preguntó, al mismo tiempo que caía en la cuenta de que eran los dos mismos individuos que hacía escasos instantes habían pasado corriendo por su lado.

—¡Sí, tú! ¿Qué llevas en ese paquete?

—Un libro.

Antes de que se diera cuenta, uno de ellos ya le había arrebatado el paquete de las manos; rasgó el envoltorio, constató que era un libro y se lo devolvió de malas maneras.

—¿Viste pasar a una mujer corriendo? —le preguntó.

—¿Por qué?

—¡Tú contesta y no hagas preguntas!

—Bueno, sí, una mujer chocó conmigo, pero no me dio tiempo a fijarme en nada más.

—¡Mierda! —dijo el otro, y añadió—. Tira «pa casa». Como nos hayas mentido, nos volveremos a ver las caras —se dieron media vuelta y se marcharon.

Vio en la distancia cómo el que parecía más mayor de aquellos dos individuos, al llegar a una furgoneta negra aparcada en la acera de enfrente, efectuaba una llamada desde su móvil.

Guillermo entró, recorrió el espacio que separaba la puerta de acceso a la calle de la del portal del edificio, tomó el ascensor y subió a casa. Cuando cerró la puerta del piso, aún le temblaban las piernas, por lo desagradable y surrealista de los encuentros que acababa de tener, y pensó: «¡Vaya aniversario que me están dando!». Porque sí, aquel era el día de su cumpleaños. ¡Cumplía cuarenta años! Y la crisis de los cuarenta acechaba tras aquella cifra tan redonda como temible.

Se quitó la ropa manchada, pero, antes de ponerse una camiseta limpia y un pantalón de chándal, reparó unos instantes en su propia imagen frente al espejo del armario de su cuarto y...: «Pues aún no estoy tan mal, la verdad, para el poco ejercicio que hago, me veo pero que muy bien; uy, aquí tengo un par canas; empezaré a parecer interesante y todo. ¡Ay, Sandrita, lo que te has perdido! Pero tanta paz lleves, como descanso me dejaste. Es mi cumple y voy a celebrarlo solo, sí, pero más vale solo que mal acompañado», pensó durante aquel breve instante de narcisismo. Como en la lavadora ya tenía algo de ropa para lavar, añadió la que se acababa de manchar con el café y la puso en marcha; tras esto, se preparó una taza de té, pues no le quedaba café en casa, y se sentó en el sofá para degustarlo junto con el cruasán que había comprado, al mismo tiempo que aprovecharía para dedicar un rato a la lectura, esperando que con ella se le pasase el susto, no sin antes echar un vistazo al reloj de la salita, que marcaba las nueve y media de la mañana. Estaba deseando comenzar aquel libro de poemas que acababa de recoger en Correos.

No había acabado de leer la primera página, cuando sonó el interfono, se sobresaltó y se dirigió a la puerta; en el videoportero se veía la calle y un rostro con gorra de policía,

mostrando lo que le pareció una placa; el corazón le dio un vuelco y le empezó a latir, como si llevara un caballo desbocado en el pecho.

—¿Hola?

—Abra. Policía.

—Pase.

Al cabo de unos segundos, volvió a sonar el interfono, pero esta vez el del portal.

—¿Síííí?

—Abra. Policía.

—Adelante.

Abrió también la puerta del piso y se asomó al rellano, mientras oía cómo subían por las escaleras. Era una pareja de los Mossos d'Esquadra, que al llegar a su planta...

—¿Vienen aquí? ¿En qué les puedo ayudar?

—No. Métase en casa y cierre la puerta —y continuaron subiendo.

Él hizo caso y volvió a su lectura, pero sin dejar de estar atento a las voces y los ruidos que se oían, aunque no podía entender lo que decían, ni saber lo que estaban haciendo allí.

THE MCGREGOR CASE

Londres, año del Señor de 1790

Y allí estaba McGregor, tendido sobre la gran alfombra del salón, bocabajo, con su *smallsword* en el suelo y en un gran charco de sangre; de pie, cerca de él, y con otra *smallsword* ensangrentada en la mano, estaba Cutnose Jones. Se acercó a McGregor para asegurarse de que estaba muerto, se agachó y, de un tirón seco, le arrancó el fino cordón que llevaba al cuello y del que pendía una pequeña llave; Cutnose Jones tomó la llave y se dispuso a descubrir qué era lo que podía abrir; como sospechaba que podía tratarse de alguna caja de dinero o joyero, lo lógico era que se encontrase en un dormitorio o en la biblioteca, así que comenzó a buscar en esta última.

Elizabeth había quedado con McGregor en casa de este aquella misma tarde, pero, cuando estaba llegando, observó que en la puerta de la casa de Philip había un caballo, cosa que le extrañó, ya que no solía recibir visitas y menos cuando había quedado con ella; al acercarse a la puerta de aquella vieja casona de piedra de dos plantas, se dio cuenta de que estaba entreabierta, así que entró con cierto recelo.

—¡Phil! ¡Philip! ¿Estás en casa? Te dejaste la puerta abierta —pero sus voces no hallaron respuesta.

Ella comenzó a echar una mirada por la casa, comenzando por el *hall* y la cocina, con la precaución de quien sospecha que no está sola. Allí, en la cocina, cogió un cuchillo, el más largo que encontró y continuó su recorrido por la casa, manteniéndose alerta.

Cutnose Jones, al oír aquellas voces suspendió su búsqueda y, aprovechando que las ventanas de la biblioteca daban directamente a la calle, saltó por una de ellas, montó en su caballo y salió al galope. Elizabeth, al oír el choque de los cascos sobre el adoquinado, corrió a la puerta; el caballo ya no estaba frente a la casa y vio como a lo lejos se perdía la figura de un jinete, así que volvió a entrar y asustada, pero también con sigilo, dirigió sus pasos hacia al salón.



ACERCA DEL AUTOR

Tras el éxito de su ópera prima *Mi última travesía*, Francisco F. Morales regresa al mundo literario con una novela de suspense donde demuestra que, este maestro jubilado nacido en Galicia pero afincado en Castelldefels (Barcelona) desde hace años, es capaz de escribir el género que se proponga.

Esperemos que su bien merecida jubilación nos permita leer muchas más de sus historias.